

de la que estaba persuadido que haria un buen uso. *El mejor que yo puedo hacer*, respondió el Obispo de Belley, *es el dar las gracias á vuestra Eminencia, y no aceptarla; mi obispado es pobre, es verdad; pero me dá con que vivir, y estoy persuadido, de que no es licito poseer muchos beneficios, cuando uno solo basta para nuestra manutencion.*

Absorto el Cardenal con aquella respuesta tan desinteresada, aunque poseyendo él mismo varios beneficios, no tuviese aquella ninguna conexion con su modo de proceder; no pudo menos de decirle: *señor de Belley, si yo fuese Papa, os canonizaria.* Monseñor, respondió modestamente el Obispo, *si esto sucediera, los dos tendriamos lo que deseamos.* Respuesta llena de sal, y tanto mas digna de un discípulo del gran Francisco de Sales, cuanta mayor es la dificultad de despreciar las riquezas, y la facilidad de lisongearse de despreciarlas.

Cuando el Obispo de Belley suplicó á Francisco que le consagrarse, no tenia aun aquella grande reputacion que tuvo despues; pero si la bastante para obligar al santo Obispo, á que tuviese el mayor gusto, y se honrase en consagrar á un sugeto de su mérito: le respondió en este sentido, y se trasladó á Belley el dia señalado, en donde se hizo aquella augusta ceremonia con mucha mas devocion que pompa.

Apenas estuvo Francisco de vuelta en Annecy, cuando llegó allí el Obispo de Belley para darle las gracias, y para estrechar con él aquella santa amistad que duró tanto como su vida, ó por mejor decir, que los une aun en el dia en el cielo: tuvieron juntos varias conversaciones; y se ha creido dar gusto al lector contándolas todas en seguida, aunque tenidas en diferentes épocas. Tenian costumbre de visitarse todos los años; escogian aquel tiempo para descansar de las fatigas de su ministerio, ó por mejor decir, para animarse uno

á otro á volverlas á emprender con nuevo ardor.

En la primera visita que hizo el Obispo de Belley al de Ginebra, empezó el primero por decirle, que como amigo, se creia obligado á advertirle una falta considerable que habia cometido, y en la cual no pensaba tal vez. Francisco le dijo, que le daría el mayor gusto en decirsela, y en hacer lo mismo todas las veces que viese que las cometia. La falta de que yo trato de hablar, continuó el Obispo, es la que habeis cometido consagrándome; verdad es que yo he hecho una que no es menor consintiendo en ello; pero mis faltas no escusan las vuestras. Aun hay alguna cosa peor de lo que vos decís, respondió Francisco; esto es, que yo temo mucho que Dios no me perdone jamas este pecado, porque yo no puedo arrepentirme de él: en todo caso no consistirá sino en vos el justificarme de esta pretendida falta, continuando en vivir como habeis empezado de un modo conforme con nuestras obligaciones. Estas palabras dieron motivo á Francisco para hablar de los deberes de los Obispos; pero como no es este el lugar de contar todo lo que se dijeron, podrá verse en el último libro de esta historia.

Otro dia el Obispo de Belley que era gran partidario del filósofo Séneca, despues de haberle alabado grandemente, dijo, que elevaba el espíritu y el corazon, que inspiraba el desprecio del placer y del dolor, fuentes ordinarias de las mas grandes tentaciones; que en una palabra, nada habia visto en los antiguos que fuese mas conforme con el Evangelio que las ideas de aquel filósofo. Francisco respondió, que tomándolas á la letra, se hallaba efectivamente alguna conexion entre unas y otras, pero que no podian leerse sin notar que en la realidad eran muy distintas: que el Evangelio no inspiraba sino la humildad, la desconfianza en nuestras fuerzas, y el desprecio de nosotros mismos; que Séneca por el contrario nos llamaba siempre á la con-

sideracion de nuestra pretendida escelencia; que siguiendo los principios de su secta, la mas orgullosa de todas, alhagaba siempre la vanidad natural con la grande idea que nos daba de nosotros mismos y de nuestras fuerzas; que por esta razon es por la que quiere que su sabio no busque y no encuentre su dicha sino en sí mismo, y que le eleva sobre todo lo que nosotros vemos por aqui abajo, y le hace dueño del universo. Máximas peligrosas, prosiguió Francisco, y tan distantes del Evangelio, como lo está el cielo de la tierra; pero la razon, añadió, quiero decir la recta razon, que no se deja sorprender por palabras pomposas, no se acomoda tampoco con semejantes ideas; porque al fin el sabio de Séneca no es sino un fantasma, un puro efecto de la imaginacion, que jamas ha tenido cosa alguna de real; todos los demas filósofos se han burlado de él, y sobre todo, por poco que se le examine, se conoce que la naturaleza no puede llegar á tanto.

El Obispo de Belley convino en que no se podía justificar á los Estoicos de un orgullo que no conviene en modo alguno con las debilidades y miserias del hombre; pero añadió, que cuando se ha disminuido aquel orgullo, sus sentimientos son muy propios para inspirar constancia y firmeza contra los reveses de la fortuna; que enseñan á despreciar el mundo, y que preparan á hallar la felicidad dentro de sí mismo por la práctica de las virtudes cristianas. Entonces, añadió, puede mudarse el sabio de Séneca en un verdadero fiel, que en lugar de atribuirse á sí sus virtudes, estará persuadido de que nada puede por sí mismo, que todo viene de Dios, que es necesario prometérselo todo de su Divina Magestad, esperararlo todo, y darle á él solo toda la gloria.

Francisco convino en que esto era posible; pero añadió, que era tomar una camino largo y tortuoso, y que habia estraviado á muchas gentes: creedme, le dijo él

aun, el amor propio necesita de adulaciones; ya es por sí demasiado fuerte, nos seduce y arrastra casi á nuestro pesar; ¿qué no debe pues temerse, si por inteligencia con unos enemigos que nos lisongean en la apariencia, aumentamos nosotros mismos sus fuerzas, y contribuimos á nuestra completa derrota? ¡Feliz el que desconfiando del orgullo natural, de aquel peligroso enemigo de la virtud, y del que no obstante no hay persona alguna que esté exenta, se ocupa sin cesar en combatirle, y está siempre prevenido contra todo lo que pudiera mantenerle, ó aumentarle!

El Obispo de Belley desconfió desde aquel momento de la prevencion que tenia á favor de Séneca, y convino con Francisco, en que la humildad es tan esencial á la verdadera virtud, que nada puede edificarse con solidez, sino está fundada sobre semejante cimiento.

Tuvieron aun una conversacion muy interesante sobre el modo mas útil de predicar el Evangelio; pero el haber sido tan larga no permite que se cuente aqui: nos contentaremos con decir que convinieron en que era preciso desterrar los cumplidos de los sermones; y que la cátedra de la verdad no se habia hecho para alabar á los hombres, y alhagar su vanidad: sin embargo en contra de esta máxima, habiéndole pedido al Obispo de Belley que predicase en el primer monasterio de la Visitacion en Annecy, no pudo menos de dar grandes alabanzas á las santas religiosas que lo habian fundado, y que edificaban á todo el mundo con su virtud; la condescendencia no tuvo parte en esto, y hablaba únicamente segun su corazon; puede ser tambien, que llevase en esto la idea de alabar á Francisco, de quien era obra el instituto de aquellas santas religiosas: el sermón gustó mucho, y el predicador fué muy aplaudido. El Obispo de Belley esperaba que el santo Prelado le diria su parecer sobre el discurso que habia hecho; sin embargo no le habló de él, por lo que se

vió obligado á tenerle él que hablar primero: Francisco le dijo, que parecia que todo el mundo habia quedado muy satisfecho de su sermón, escepto un solo hombre: el Obispo que no cayó al principio en quien podia ser, le suplicó que le dijese como se llamaba: Francisco le dijo, que era él mismo: que ya sabia que los dos habian convenido en que no debian mezclarse las alabanzas de los hombres con la palabra de Dios; que aquellas producen siempre malos efectos: que eran mas propias para destruir la virtud que para sostenerla: que era menester atenerse á aquel consejo interesante de la sagrada Escritura: *no alabeis á persona alguna durante su vida*; esto quiere decir, añadió, esperar á alabarla despues de su muerte, cuando no se podrá sospechar que la adulacion es la causa de las alabanzas, y cuando el que sea alabado no estará ya espuesto á beber aquel veneno sutil, de que acostumbran alimentarse el orgullo y la ambicion.

El Obispo se aprovechó de esta reconvenccion, y se propuso dejarle contento, si se le convidaba aun á predicar otra vez. Presentóse la ocasion ocho dias despues; las monjas de Santa Clara le pidieron que las predicase un sermón, y fué convidado á él el santo Prelado: todos esperaban oír un discurso tan florido como el primero; pero representó tan fuertemente la severidad del Evangelio y la necesidad de practicarle; inspiró tanto terror á los juicios de Dios, y pintó la exactitud de su justicia con tan vivos colores, que sus oyentes salieron asustados de lo que habian oido, y sin poder decir una sola palabra. Habiendo ido el santo Prelado despues del sermón á ver al Obispo de Belley, le preguntó éste, si el solo hombre que no habia quedado contento con su primer discurso, lo habia quedado con el último. Francisco respondió sonriéndose, que aquel hombre habia quedado muy contento, y que le suplicaba que predicase siempre con la misma solidez; por-

que en fin, añadió, ¿en dónde se les dirán á los hombres las verdades que tanto les importa saber, sino se les dicen en el púlpito?

Hacia ya algun tiempo que habiendo vacado la Abadía de Ripaille, se la habia ofrecido el Duque de Saboya al santo Prelado; pero como éste no creía que le fuese permitido el tener muchos beneficios, le habia dado las gracias, y le habia suplicado que estableciese en ella los cartujos: el Duque consintió, y el santo Prelado tuvo la satisfaccion de haber traído á su Diócesis á aquellos santos religiosos. Un dia que hacia un tiempo muy hermoso, propuso Francisco al Obispo de Belley el ir á visitar á sus nuevos huéspedes. Cuando volvian de verlos, se detuvieron en un pueblo pequeño para entrar á visitar la Iglesia, y hacer en ella sus oraciones: habiéndose estendido la noticia de que estaban allí, un vecino del pueblo que estaba gravemente enfermo, le envió á decir si queria ir á confesarlo; Francisco fué al momento á la casa de aquel hombre, y éste se confesó con él con grandes muestras de devocion; recibida la absolucion, preguntó el enfermo al santo Prelado, si le parecia que debiese morir de aquella enfermedad; Francisco, que creyó que temia á la muerte, y que no queria asustarle, le respondió, que se salia de otras enfermedades mucho mas graves; que debia poner su confianza en Dios, y someterse á su voluntad; pero quedó muy sorprendido al ver que el enfermo se afligió con su respuesta; permaneció algun tiempo sin hablar; diciendo despues que estaba tan lejos de tener miedo á morir, que temia por el contrario el no morir tan pronto como quisiera. Francisco creyó, que aquel hombre tenia alguna pena secreta que le hacia odiar la vida; le suplicó que le abriese su corazon, y se preparó para consolarle.

Pero creció su sorpresa, cuando le dijo el enfermo que no tenia motivo alguno de afligirse; que Dios le

habia dado muchos mas bienes de los que necesitaba para vivir cómodamente; que tenia una muger y unos hijos que le querian; y de los que tenia motivos para estar contento. *Pero, Monseñor*, añadió suspirando, *todas las dulzuras de que acabo de hablar, no me han privado de experimentar las amarguras del mundo; se está espuesto á tantos males, los verdaderos bienes son tan raros, estamos tan poco hechos para él, que si Dios no nos hubiese mandado permanecer en él hasta que él mismo nos sacase, ya hace mucho tiempo que yo le hubiera abandonado.* Hablóle en seguida con la mayor energía de la felicidad que Dios ha preparado á los que le aman y le esplicó con tal viveza la santa impaciencia en que estaba de poseer el solo bien que podria llenar los deseos de su corazon, que Francisco, que estaba animado de los mismos sentimientos, no pudo decirle una sola palabra. En medio de esta conversacion perdió el enfermo la vista y la palabra; administrósele la santa Uncion, y murió con la muerte de los santos con la misma tranquilidad que habia vivido.

Habiendo ido Francisco á reunirse con el Obispo de Belley, le contó lo que acababa de sucederle; añadió, que el Espíritu Santo era un gran Maestro, que formaba al mismo tiempo el espíritu y el corazon; que la cortedad de talento, y la falta de instruccion y de educacion no le servian de impedimento, y que cuando se dignaba instruir por sí mismo á las almas mas sencillas, las llenaba de unas luces mucho mayores que las que los mas grandes talentos podian adquirirse con todas sus especulaciones. Hablaron en seguida de la preciosa muerte de aquel hombre delante de Dios, de la impresion de la gracia sobre los corazones, y de la union casi necesaria, que hay entre una buena vida, y una santa muerte.

Volvieron su consideracion al triste estado á que reduce la muerte á los que se llaman gentes del mundo;

como en aquel momento en que acaba el tiempo y empieza la eternidad, ya no hay mas placer, gloria, distincion, ni fortuna; como desaparece todo, y todo se desvanece para ellos, y que á proporcion que se acerca la muerte, sienten aumentarse su turbacion, sus miedos y terrores con la horrorosa memoria de sus crímenes, y con la terrible imágen de la eternidad y de la justicia de Dios; hé aqui el estado, decia el santo Prelado, en que se encuentran infaliblemente á la hora de la muerte, los que se han olvidado de Dios durante su vida; los Príncipes mas grandes, los conquistadores, los dueños del mundo llegan en fin á aquel terrible momento, y la única ventaja que les queda, es que se les alabe alguna vez, cuando ya no existen, en tanto que son atormentados en donde están; ó bien que se les perciba en medio de los siglos remotos, como unas hermosas estatuas puestas en el fondo de una perspectiva, que siendo insensibles á las alabanzas que se les dá, no sirven de otra cosa que de agradar á los que las miran.

Hablando de esta suerte llegaron á Annecy. Al otro dia el santo Prelado quiso proporcionar á su huésped la inocente diversion de pasear un rato por el Lago; como estuviesen hablando los dos, el patron, que guiaba la barquilla en que iban, teniendo que decir alguna cosa á Francisco, le llamó *Padre mio*: el Obispo de Belley le dijo en voz baja, que debia decir, *Monseñor*. *No, no*, dijo al momento el santo Prelado, *decid, padre mio, esta cualidad me es mucho mas propia que la de vuestro Señor.* Despues volviéndose al Obispo, le dijo tambien en voz baja aquellas palabras del Evangelio: *los Reyes de las naciones usan de dominio con respecto á ellas, vosotros no lo haréis así.*

La proximidad de las Diócesis de aquellos dos grandes Obispos les daba ocasion de verse y hablarse á menudo; pero su amistad no se limitaba á solo esto, todo era comun entre los dos; los intereses de uno eran los

del oro, y el Obispo de Belley dió una buena prueba de ello, cuando asistiendo por aquel tiempo poco mas ó menos á los Estados de Francia, habló en ellos con tanto celo en favor de la Diócesis de Ginebra, como hubiera podido hacerlo por la suya. Porque aunque el lugar de la residencia del Obispo de Ginebra, y la mayor parte de su Diócesis esté en Saboya, no por eso deja de estar una gran porcion en los dominios de Francia, lo que hace que el Obispo depende en muchas cosas del Duque y del Rey.

Apenas habia regresado á su Diócesis el Obispo de Belley, cuando Francisco recibió una orden del Rey, para que fuese á Gex, en donde le esperaba el Baron de Luz para arreglar negocios importantes á la Religion católica: no tardó mas tiempo en dar cumplimiento á la orden, que el que necesitó para elegir doce personas que le acompañasen, y partió inmediatamente. No habia sino dos caminos para entrar en la Bailia de Gex; era preciso ó pasar por el puente de Ginebra, ó atravesar el Ródano: por ambas partes era el paso igualmente difícil: el Ródano se habia salido de madre tan extraordinariamente, y corria con tan violenta precipitacion, que era esponerse á perecer el tratar de atravesarlo. No habia menos peligro en atravesar de un lado á otro de Ginebra. El santo Prelado era conocido en aquella ciudad y su celo por la Religion católica le habia adquirido el odio de los ministros y del pueblo. Una cita con el Baron de Luz no podia menos de ser muy sospechosa; el menor mal que podia sucederle era el de ser arrestado; y aun podia llevarse la violencia hasta asesinarle: ¿de qué no es capaz un celo ciego, sobre todo en un Estado popular, en donde teniendo parte en el gobierno todo el mundo, todos creen tener tambien el derecho de mezclarse en los negocios públicos? Este atentado era tanto mas de temer, cuanto que su muerte no podia ser vengada sino por el Du-

que de Saboya, y que habia lugar de creer, como se verá en adelante, que era facil pintarle aquel viaje como sospechoso, y persuadirle de que la Religion no era sino un pretesto, y que Francisco ganado por el Rey Cristianísimo, no lo habia emprendido sino para tratar con el Baron de Luz de la Soberanía de Ginebra.

Todos estos peligros eran tan fáciles de preveer, que los menos avisados los hubieran visto: por otra parte, el miedo que hace que se teman los males mas lejanos y que son menos probables, no permitia que dejase de verse el peligro á que se esponia uno pasando por Ginebra; asi es, que apenas hubo dado á conocer el santo Prelado, que sino habia otro remedio, estaba resuelto á probar el paso por Ginebra, cuando todos los de su comitiva se opusieron á ello, y le aconsejaron que se volviesen, y esperasen á que el Ródano estuviese vadeable. El celo de Francisco no pudo acomodarse con aquellos consejos tan tímidos; la fé en peligro, la Religion abandonada, la ocasion de socorrerla perdida tal vez para siempre, le parecia una cosa tan indigna de un Obispo, que está obligado á esponer su vida por la salvacion de las almas que le estan confiadas, que resolvió atropellar por todo; pero antes de hacerlo recurrió á la oracion; consultó á Dios por cuya gloria iba á esponerse á unos peligros tan visibles; le rogó, que le fortificase, que fuese su guia, y que inspirase á los que le acompañaban, y sin cuyo socorro no podia pasar, el mismo ardor de que habia llenado su corazon.

No se repara ordinariamente sino en los milagros que se hacen sobre los cuerpos: los que se obran en los corazon, no son menos dignos de nuestra atencion; no son estos unos golpes menos visibles que los otros, de la omnipotencia de Dios. Francisco lo esperó bien en aquella ocasion; apenas hubo acabado su oracion cuando halló á sus gentes enteramente mudadas; ya no eran aquellos tímidos, á quienes el miedo abultaba los

objetos: ofrecieronse á seguirle á todas partes; y Francisco aprovechando el buen estado en que los veia, tomó el camino de Ginebra.

Llegó á la puerta cuando iban á cerrarla y levantar el puente, porque era la hora del sermón; el oficial que mandaba la guardia, le preguntó su nombre para escribirlo en su registro: Francisco, que iba á la cabeza de los suyos, respondió con su acostumbrada serenidad, *que era el Obispo de la Diócesis*: el oficial no hizo alto en lo que le decia, y le dejó pasar con toda su comitiva; de este modo atravesó toda la ciudad de Ginebra; pero habiendo llegado al otro extremo, en donde estaba la puerta de Gex, la halló cerrada segun costumbre, porque ya se habia empezado el sermón; con este motivo se entró en una fonda esperando á que abriesen la puerta. La confianza que tenia en Dios le sostuvo, no se turbó en lo mas mínimo, y siempre apareció tranquilo: no les sucedió lo mismo á los que le acompañaban; apenas hubieron reflexionado en que estaban encerrados dentro de Ginebra, y que uno solo que los conociese bastaba para hacerlos prender, cuando toda su firmeza los abandonó: á la verdad el peligro era bastante grande para no tenerle miedo. Dos horas se pasaron de este modo y al cabo de ellas abrieron la puerta: habiendo vuelto Francisco á montar á caballo, salió de Ginebra sin obstáculo alguno, y llegó á Gex, sin que á los suyos se les hubiese pasado aun enteramente el susto: el Baron de Luz no pudo oír el peligro á que se habian espuesto sin asustarse: admiró su celo; pero no por eso dejó de reconvenirle, y hacerle reparar todas las circunstancias del peligro que acababa de evitar. *Nada me enseñais de nuevo, respondió el santo Prelado; todo lo habia previsto, y estaba con gentes mas prudentes que yo, á quienes nada se les ocultaba; pero un poco de confianza en Dios haria hacer cosas mas grandes.*

Por otra parte, no quedaron poco sorprendidos en Ginebra, cuando conocieron por el registro y por la declaracion del dueño de la fonda, que Francisco habia pasado por la ciudad y que habia estado encerrado en ella por espacio de dos horas. *El Obispo de la Diócesis* no fué un enigma para todos, asi como lo habia sido para el oficial que mandaba la puerta; se admiró su valentia, y á fin de que se acordasen por si otra vez volvía, se puso en el registro: *que vuelva*; pero la cosa no era para repetirla segunda vez.

Dios bendijo el celo del santo Obispo con el fruto que obtuvo en la Bailía de Gex; ofreció una conferencia pública á los ministros de Ginebra; tuvo una con los del pais y los convenció; hizo un gran número de conversiones, y volvió á los católicos ocho iglesias parroquiales de las que se habian apoderado los hugonotes. Despues de hecho todo esto, habiendo bajado el Ródano y estando ya en disposicion de poderlo pasar, lo pasó, y se volvió á Annecy.

Pero apenas hubo llegado alli, cuando supo, que su viaje se le habia pintado al Duque de Saboya como sospechoso, y que el Duque habia demostrado mucho resentimiento contra él, y contra toda la casa de Sales. Aquel Príncipe no podia desimpresionarse de sus sospechas; la menor apariencia bastaba para despertarlas; y habiéndole hecho la edad aun mas desconfiado de lo que naturalmente era, no podia curarse del temor de que el aprecio que se habia hecho en Francia de Francisco, y las continuas ofertas que no dejaban de hacersele para atraerle, no viniesen á parar al fin en un tratado; es decir en una cesion de sus derechos á la Soberanía de Ginebra.

Francisco puso todos los medios posibles para curarle de sus sospechas; escribióle de un modo fuerte al par que respetuoso, y llegó hasta ofrecerle que iria á encontrarle, y permanecería á su lado bajo una buena

custodia, hasta tanto que estuviese plenamente convencido de la falsedad de todo lo que se le habia imputado.

El Duque, á pesar de lo desconfiado que era, se rindió á aquella oferta, y volvió á profesarle la misma estimacion y aprecio que anteriormente; pero por prendado que estuviese de la virtud del santo Prelado, sus recelos no acabaron sino cuando se acabó su vida. Había no obstante un medio infalible para hacerlos cesar; este era el de darle á él mismo los derechos de la Iglesia de Ginebra, los que el Príncipe hubiera comprado á buen precio; pero Francisco, que no tenia menos firmeza que dulzura, no quiso jamas hacer aquel perjuicio á su Iglesia. El Duque, que no podia concebir porque motivo preferia el santo Prelado un bien por lo menos incierto y muy distante, á una ventaja presente, y de la que en él solo consistia el poder disfrutar desde luego, lo atribuia siempre á su afecto á la Francia. Francisco no se ha explicado nunca sobre un punto tan importante; pero no carece de fundamento el creer, que teniendo sus motivos para no tratar con el Rey Cristianísimo de sus pretensiones sobre Ginebra, tampoco queria entrar en convenios con un Príncipe que hubiera podido prevalerse de ellos contra aquella ciudad. Sea lo que fuere de esto, ello es, que habiendo convidado á Francisco algun tiempo despues los canónigos Condes de Leon, para que predicase la cuaresma en su Iglesia de Santa Cruz, se escusó, por no renovar las sospechas de un Príncipe que era muy susceptible de tenerlas con respecto á él, y que tenia sin embargo todas las razones posibles para contemplarle.

El santo Prelado sufrió por aquel tiempo la pérdida mas sensible que podia sobrevenirle con la muerte de la Condesa de Sales, su madre: ya se ha visto con que esmero, ternura y piedad le habia criado. Era el primer fruto con que Dios habia bendecido su matrimo-

nio; pero tambien tenia el primer lugar en su corazón: amaba á todos sus demas hijos: jamas hubo una madre mejor; pero profesaba un cariño especial á Francisco, que no sentia hácia los demas, á pesar de que tenían todo el mérito que se podia apetecer: Francisco correspondia á estos sentimientos con un amor vivo, tierno y respetuoso; y puede decirse que despues de Dios, su madre era la cosa que mas amaba en el mundo.

Una buena muerte ha sido siempre el fruto de una santa vida, y Dios no abandona jamas en los últimos momentos á los que le han sido fieles. Aquella virtuosa viuda tuvo un secreto presentimiento de su próxima muerte; y para prepararse á ella, fué á Annecy á hacer unos ejercicios bajo la direccion de su querido hijo: apenas estuvo en Thorens, cuando la dió una apoplejía, de la cual no volvió. Habiendo llegado este lance á noticia de Francisco, partió en diligencia á socorrerla: todos sus cuidados fueron inútiles; aquella señora era un fruto ya maduro para el cielo, y Dios habia señalado aquel tiempo para llamarla á su presencia, y darla la corona de justicia que ha prometido á los que le sean fieles, y que prefiriéndole á todas las cosas, no hayan vivido sino para él.

Asistió Francisco á sus exequias con una firmeza, que fué admirada de todo el mundo; la amaba con toda la ternura de que era capaz; pero su sumision á las órdenes de Dios vencía en él á todos los sentimientos de la naturaleza: *mas era de Dios que mia, dijo, el Señor ha vuelto á tomar lo que era suyo; y yo no puedo menos de darle gracias por haberme hecho nacer de una madre tan virtuosa, y por habermela dejado tanto tiempo.*

Supo tambien por entonces la muerte de Enrique IV sucedida en Paris en 14 de Mayo del año 1610, del modo lamentable que sabe todo el mundo. Honraba á Francisco con su estimacion, y aun con su amistad; solo

había consistido en Francisco el que aquel Rey no le colmase de beneficios, y puede decirse, que á cualquier precio que el santo hubiera querido ponerse, lo hubiera adquirido para la Francia, si Dios no le hubiese unido á la Saboya, ó si Francisco menos fiel á su vocacion, hubiera podido ser tentado. Lloró á aquel gran Príncipe del modo que merecia ser llorado; alabóle de viva voz y por escrito; y se vé aun en una de sus cartas á Deshayes hasta donde llegaba su estimacion y admiracion hácia él. *La Europa*, dice, *no podia ver una muerte que la fuese mas funesta que la del gran Enrique: ¿quién de nosotros no se conmovió á vista de la inconstancia y vanidad de las grandezas humanas? Aquel Príncipe habiendo sido tan grande en valor, victorias y triunfos, tan grande en dichas, y finalmente tan grande en todas las cosas, que parecia que la misma grandeza estaba unida á su vida, debia acabar sus últimos momentos con una muerte gloriosa y una vida tan brillante, no debia terminarse sino sobre los despojos de Levante despues de la ruina del mahometismo.*

○ Pero como los santos jamas hacen reflexiones sobre los sucesos de este mundo, sin que acaben por dirigirse á su Divina Magestad, y sin que tengan siempre á la vista la mano invisible y omnipotente de Dios, que encamina todas las cosas á los fines que se propone, y que al mismo tiempo que nos aflige, oyen las instrucciones que nos dá; despues que Francisco se ha lamentado de la pérdida de aquel incomparable Príncipe, esclama de un modo tierno: *¡hijos de los hombres, hasta cuando tendreis endurecido el corazon! ¿Por qué amais la vanidad, y buskais la mentira? Toda la grandeza que vemos, continúa, no es sino una fantasma é ilusion. ¡Dios mio, que no seamos prudentes con tantas esperiencias, y que no despreciemos este mundo que es en la realidad tan despreciable!*

No hay quien no conozca que el corazon es el que habla en lo que acaba de contarse: todo es tierno, todo vivo, pero no queda en esto: despues de unas reflexiones tan cristianas vuelve á proseguir las alabanzas de aquel gran Rey. *La mayor dicha de este Principe, añade, fué la que haciéndole hijo de la Iglesia, le hizo padre de la Francia; cuando se hizo oveja del gran Pastor, se hizo pastor de sus pueblos; y convirtiéndose á Dios, se ganó los corazones de todos los buenos católicos: esta sola dicha es la que me hace esperar que en su último momento la misericordia de Dios habrá puesto en su Real corazon la contricion necesaria á un cristiano: asi es que yo ruego á la bondad Soberana que haga misericordia á aquel que la hizo á tantas gentes, que perdone al que perdonó á tantos enemigos vencidos, y que reciba en su gloria á aquella alma reconciliada, que recibió á tantos en su gracia despues de su reconciliacion con la Iglesia.*

Habla en seguida con un gran reconocimiento de la proteccion con que le habia honrado aquel Príncipe; y dice terminantemente, que en 1602, le habia hecho unas ofertas que no tan solamente hubieran tentado á un simple sacerdote, como él era entonces, sino tambien á un Prelado.

Este es el modo con que los Príncipes que han sido verdaderamente grandes durante su vida, lo son aun despues de su muerte; la posteridad jamas deja de confirmar todos los grandes títulos que les ha dado la admiracion de sus virtudes. Enrique fué grande durante su vida, y aun lo es despues de su muerte; y la Francia que le lloró al perderlo, aun lo llora en el dia de hoy; pero si algunas alabanzas ha recibido que no sean sospechosas, son las que le dá el santo Prelado; amaba éste demasiado la verdad para hacerla traicion, y su corazon desprendido del interes que tan á menudo hace prodigar alabanzas tan poco merecidas, jamas hu-



biera consentido en unos elogios que Enrique no hubiera merecido por mas Rey que fuese.

El año 1630, que arrebató á la Francia un tan gran Príncipe, dió á la Iglesia la santa y célebre Orden de la Visitacion de Santa María, digno fruto de la prudencia, piedad y caridad del santo Prelado; fundóla por aquel mismo tiempo. Pero por no interrumpir la narracion, se deja para el siguiente libro todo lo concerniente al nacimiento y progresos de este santo instituto.

Por este tiempo á corta diferencia, fué nombrado por el Duque de Saboya, primer presidente del Chambery, Antonio Faure, aquel íntimo amigo de Francisco, de quien ya se ha hablado, y que residia en Annecy en cualidad de presidente del Ginebres: no necesitado ya éste de una grande y hermosa casa que tenia en la ciudad, se la regaló al santo Prelado, que habia vivido hasta entonces, lo mismo que sus antecesores en una casa de alquiler: este regalo no pudo resarcir la pérdida de su amigo; pero no le impidió experimentar un gran consuelo al ver á la cabeza de la justicia á un hombre de su mérito y probidad. Sin embargo, aunque hubiese en la casa del presidente, galerías, salas y cuartos muy cómodos, no se reservó para sí el santo Prelado sino un solo gabinete, pero tan pequeño y bajo de techo que mas trazas tenia de sepultura que de cuarto; esta era cabalmente la razon, porque lo habia elegido; las paredes estaban enteramente desnudas, sin cuadros ni colgaduras, lo mismo en invierno que en verano: una cama pequeña, una silla y una mesa con un crucifijo eran todos los muebles y adornos que en aquella habitacion se encontraban. Allí retirado del mundo, mas con el espíritu que con el cuerpo, pensaba muy á menudo en aquella última hora que debe igualar á todos los hombres; se miraba como un culpado sentenciado á muerte, y que no aguarda sino el momento de la ejecucion de la sentencia. Por inocente

que fuese su vida, la encontraba llena de defectos; repasaba en la amargura de su corazon los años que se habian pasado, aquel tiempo que fué, y ya no existia, y del que creia no haber hecho un uso bastante santo. Entonces penetrado de la rectitud infinita de un Dios, delante del cual no son puros los ángeles, y que debe juzgar hasta nuestras justicias, exclamaba: *¿Si examináis nuestras iniquidades, Señor; si las pesáis en la balanza de vuestra justicia, quién se atreverá á parecer delante de vos, quién podrá aguantar vuestra presencia?*

Culpábase en seguida por no haber seguido las inspiraciones de Dios, que le conducian á renunciar el obispado. *¿En que pensaba yo, decia, al encargarme del cuidado de tantas almas? ¿No tenia yo bastante, no tenia yo demasiado con responder de la mia?* Aqui puede uno acordarse de todo lo que hizo para huir de esta dignidad; de aquellos horrorés y temores, de aquellos sentimientos tan humildes que le obligaban á creerse indigno de ella: cualquiera otro que él no hubiera creído tener que reprenderse despues de todo lo que habia hecho; y ciertamente que el modo con que habia llevado esta grande carga, le hubiera justificado delante de cualquiera otro que no hubiese sido él mismo; sin embargo jamas pudo perdonarse lo que él llamaba su escesiva facilidad. Algun tiempo despues partió para Turín y Milan.

Muchas razones concurrieron para hacerle emprender este viaje; tenia varias cosas que negociar en la Corte en favor del nuevo Orden de la Visitacion: porque como en los establecimientos recientes se encuentran á menudo dificultades que no se habian previsto, ú obstáculos que no es fácil superar sin el concurso de la autoridad del Soberano; creyó que debia procurar su proteccion para una Orden naciente, que podria necesitarla en lo sucesivo. Otra razon contribuyó aun á ha-

erle emprender este viaje; (porque se trataba de ausentarse de su Diócesis, y jamas lo hacia sin tener para ello motivos muy urgentes). Veia con sentimiento, hacia mucho tiempo, la mala administracion del colegio de Annecy, poca capacidad en los directores, menos virtud y aun buenos ejemplos, resultando de todo, que estando mal educada la juventud, hubiese precision de enviarla á estudiar á otra parte: esto no podia hacerse sin grandes gastos, y muchas incomodidades aun por parte de los padres mas acomodados; pues en cuanto á los demas, se veian obligados á contentarse con lo que encontraban en Annecy.

Francisco, que estaba persuadido de que las buenas costumbres dependen ordinariamente de la buena educacion de la juventud, nada habia descuidado para poner las cosas en orden: bajo este concepto habia ofrecido el colegio de Annecy á los padres Jesuitas; pero no habiéndoles sido posible aceptarlo á causa del gran número de establecimientos en que estaban obligados á enseñar en aquel tiempo, habia resuelto dirigirse á los Barnabitas, é ir para esto hasta Milan para tratar el negocio con los superiores. A este motivo se unia una razon de devocion; tenia una profunda veneracion á San Carlos, Arzobispo de Milan, muerto pocos años antes en la mas alta opinion de santidad. El Cardenal Federico Borromeo, su primo y sucesor, seguia sus huellas, y pasaba por uno de los mas grandes Prelados de toda Italia: queria consultarle sobre la intencion que tenia de tomar á su hermano por coadjutor suyo; porque por mérito que tuviese, siempre temia en esto dar alguna cosa á la sangre, y á las consideraciones humanas; sabia que el espíritu es las mas veces el juguete del corazon, que le imbuye, le arrastra, y que se halla uno muchas veces enredado en las mismas cosas que al principio se habia ereido que el amor propio era el que menos parte tenia en ellas; de nada me-

nos se trataba que de escoger un sucesor, es decir, del negocio mas importante que podia ofrecérsele, y en el que era mas peligroso engañarse: por la misma razon quiso encomendarlo á las oraciones del gran San Carlos, y pedírselo él mismo bajo este concepto delante de su sepulcro.

Un motivo de caridad apoyaba todas las demas razones. El secretario del Duque de Nemours hacia poco tiempo que habia sido asesinado en unos bosques bastante cercanos á Annecy: se habia acusado de aquel asesinato á varios caballeros muy inocentes; se les perseguia acérrimamente, y aquel negocio, aun dado caso que hubiesen salido de él, á nada menos tiraba que á arruinarlos. Un corazon menos sensible que el suyo á la compasion se hubiese enternecido con la afliccion de tantas familias: como estaba convencido de la inocencia de los acusados, juntó las pruebas de ella, resolvió llevarlas él mismo, y hacerlas valer para con el Duque de Saboya: este motivo, que por sí solo hubiera sido suficiente estando unido á tantos otros, hizo, que no tuviese incóveniente en ausentarse de su Diócesis. Asi es, que pasadas las fiestas de Pascua, partió para Turin; el Duque le recibió como acostumbraba, es decir, con toda la distincion que merecian su caracter y virtud. Hablóle en favor de los pretendidos culpados en el asesinato del secretario del Duque de Nemours; pero eran tan fuertes las prevenciones que habia contra ellos, que no se necesitó de nada menos que de las pruebas que él habia traído para justificarlos, y aun fué necesario que estas estuviesen sostenidas por todo su celo. Hizose su procurador y abogado: habló y obró por ellos, y obtuvo en fin su libertad, y la prohibicion de perseguirlos en lo sucesivo. Habló en seguida al Duque del establecimiento de los Barnabitas en Annecy; aprobólo su Alteza y le prometió todos los despachos de que necesitase para su establecimiento, tenien-

do á bien que fuese á Milan para tratar este negocio.

Por lo tocante al nuevo Orden de la Visitacion, su instituto fué tan generalmente aprobado que no tuvo dificultad en conseguir todo cuanto pidió en su favor: el Duque y las Duquesas le aseguraron su proteccion, y esta le sirvió despues para vencer muchas dificultades. Partió para Milan en cuanto hubo terminado los negocios que tenia en la Corte.

Fué recibido con muchas demostraciones de aprecio por el gobernador del Milanés y por el Cardenal Borromeo Arzobispo de Milan: al otro dia de su llegada celebró la misa sobre el sepulcro de San Carlos, y pasó muchas horas en oracion: fué en seguida á visitar al Arzobispo, y tuvo con él una larga conferencia sobre varios asuntos de su Diócesis; inmediatamente trató Francisco con los superiores de los Barnabitas de su establecimiento en Annecy, lo concluyó, y lo ejecutó á su vuelta á aquella ciudad.

Llamándole á Turin la fiesta del santo Sudario que se aproximaba, partió de Milan con los mismos honores que se le habian hecho á su llegada: el Duque le habia nombrado para ser uno de los Prelados que debian esponer el santo Sudario á la veneracion del pueblo; hizo esta ceremonia con toda la devocion que eran capaces de escitar en su corazon unas señales tan visibles del amor de un Dios. Al otro dia de aquella fiesta, tuvo una audiencia particular con el Duque, que le habló largo rato de los asuntos del lado de allá de los montes y de los progresos de la Religion católica en su Diócesis. Este Príncipe habia tomado la cosa con mucho empeño: y á la verdad, todo Soberano que conozca bien los intereses de su Estado, nunca tendrá otros sentimientos. La union de los Príncipes con sus vasallos jamas será demasiado estrecha; todo lo que pueda romperla, no puede descuidarse sin peligro; sin embargo nada es mas capaz de hacerlo que la division en ma-

terias de Religion. Cuando los lazos, que unen á los hombres con Dios, se han roto una vez, los que unen á los unos con los otros no podrán subsistir mucho tiempo. Por entonces propuso la Duquesa de Saboya al Duque, que diese al santo Prelado por coadjutor á su hermano Juan Francisco de Sales, y Dios permitió que esta señora escogiese el tiempo que podia ser mas favorable para lograr lo que pretendia.

La muerte del grande Enrique habia hecho cesar los recelos del Duque en cuanto á la cesion de los derechos de Soberanía sobre la ciudad de Ginebra; y habiéndole tranquilizado sobre este ponto las discusiones de la Corte de Francia, habia concebido el designio de servirse de Francisco para negociar el casamiento del Príncipe del Piamonte con Cristina de Francia hija de Enrique IV; era preciso para esto, que el santo Prelado se ausentase por largo tiempo de su Diócesis, y el Duque prevenia, que no consentiria en ello, á menos que no tuviese quien le descansase en las funciones de su ministerio. La peticion de un coadjutor venia muy á propósito para apartar esta dificultad, y este fué uno de los principales motivos que obligaron al Duque á concedersela. Francisco no se mezcló en este negocio. Madama de Saboya queriendo que su primer limosnero fuese Obispo, fué la sola que solicitó para él la coadjutoria de Ginebra, y la obtuvo.

Habiendo concluido Francisco los negocios que tenia en Turin, regresó á Annecy, en donde á poco tiempo estableció los Barnabitas.

Por entonces escribió su *Teotimo* ó *el tratado del amor de Dios*. Obra que no puede salir sino de un entendimiento tan ilustrado y de un corazon tan lleno de caridad como el suyo: hace ver en este escelente libro la inclinacion natural que tienen todos los hombres, á conocer y amar á Dios; las gracias con que el Señor los previene, á fin de que le amen, y la poca fide-